

zobra á nuestro porvenir eterno y que no nos dirijamos serios reproches al considerar lo que somos y lo que debiéramos ser?

PUNTO TERCERO.—*La vida del sacerdote sin recogimiento es una vida llena de desventuras.* La disipación, alejando de nosotros los pensamientos de la fe, nos priva de la luz y de las fuerzas que de ellos brotan como de su principio..... ella abre las puertas de nuestro corazón á todas las seducciones..... ella nos lleva al pecado y al endurecimiento en la maldad. ¿Puede darse estado más alarmante y lastimoso para nuestra salvación?

MEDITACIÓN XVIII

*Las prácticas de piedad son otro medio de santificación*

- I. Aprecio en que las tiene el buen sacerdote.
- II. Cómo demuestra ese aprecio.

PUNTO I

El buen sacerdote tiene en gran estima las prácticas de piedad

Estos piadosos ejercicios le proporcionan grandes bienes espirituales, sobrenaturales y eternos que son por esto mismo infinitamente superiores á los bienes materiales y temporales. Cuando el eximio Suárez decía que más bien se resignaba á perder todos sus conocimientos teológicos que un cuarto de hora de oración ¿acaso exageraba la importancia de nuestras prácticas de piedad? No, por cierto, sino que aquilataba en su justo valor los actos de fe, de esperanza, de amor, de adoración y de todas las operaciones que el alma practica en esos dichosos momentos.

Él sabía por demás á dónde pueden conducirnos semejantes actos y qué recompensa pueden merecer para la vida presente y sobre todo para la futura. Él no ignoraba lo que había costado á Jesús cada uno de esos buenos pensamientos é inspiraciones y cada una de esas gracias que Dios nos dispensa con tanta liberalidad cuando nos entregamos con fervor á estos piadosos ejercicios.

Siendo pues, de orden sobrenatural los bienes que manan de la oración, de la lectura espiritual, de los exámenes, etc., tienen sobre los bienes naturales tres ventajas verdaderamente inapreciables, á saber: el solo deseo es ya de suyo un gran bien; el mismo deseo nos pone en posesión de ellos; y por último, nos hace esta posesión más dulce y suave.

1.º Respecto á los bienes naturales, su deseo, cuando no los tenemos, lejos de ser un bien es una angustia que oprime el corazón, del mismo modo que el hambre y la sed atormenta el cuerpo. No sucede lo propio con los bienes de la gracia; el sólo desearlos es ya un acto de virtud muy grande, una noble tendencia del alma que se eleva hacia Dios, principio y fuente de todo bien verdadero. No es extraño que el alma experimente grandes consuelos en estos deseos, puesto que, acercándonos á Dios que es nuestro fin, nos perfeccionan más y más, al contrario de los deseos de las cosas temporales que, apartándonos de nuestro centro, no nos sirven sino de tormento.

2.º Otra diferencia notable hay entre los bienes espirituales y los de la naturaleza, y consiste en que el deseo de estos últimos no nos pone en posesión de ellos; pues nadie es sabio ni rico por el solo deseo de serlo; mientras que por el contrario, si yo tengo «hambre y sed de justicia, seré saciado», y si deseo lo que hace al hombre justo y santo, descenderá sobre mí la justicia y la santidad. ¿Sabéis por qué? Porque yo oro, y la oración á pesar de no ser más que un santo deseo, es sin embargo «esa preparación del corazón,» que Dios jamás desoye: *Esurientes implevit bonis* (1). *Desiderium perpetuum exaudivit Dominus: preparationem cordis eorum audiat auris tua* (2). ¿Qué hizo si no el sabio para alcanzar la sabiduría? La deseó *Optavi, et datus est mihi sensus* (3).

3.º Por último, el deseo de los bienes espirituales

(1) Luc., I, 53.

(2) Ps. XH, 17.

(3) Sap., VII, 7.

aumenta en nosotros el gozo de fruición con que los poseemos. Los bienes del orden natural nos hastían en seguida, porque no pueden llenar el inmenso vacío de nuestro corazón. Pero en los placeres puros que nos proporcionan los bienes celestiales, sucede todo lo contrario; cuanto más se disfruta de ellos, más se quisiera disfrutar. Aquí la saciedad no harta, y el hambre en lugar de disminuir aumenta la dulzura de la saciedad (1). Puédese pues, en cierto modo aplicar á los justos de la tierra lo que San Agustín escribió de los bienaventurados del Cielo: *Semper pleni, semper avidi*. Y si la bienaventuranza de los elegidos consiste en su perfectísima unión con Dios, está fuera de duda que nuestros ejercicios de piedad bien hechos, comenzando á unirnos á Dios desde esta vida, son como un preludio, un aprendizaje, un principio de la felicidad eterna. *Inchoatio vitæ æternæ* (2). ¡Ah! nunca pues, llegaremos á apreciarlos suficientemente.

## PUNTO II

El buen sacerdote demuestra su aprecio por los ejercicios de piedad

Demostrará este aprecio por su exactitud en hacerlos y por su empeño en practicarlos bien.

1.º En lugar de ir mendigando los pretextos que le suministra la tibieza siempre ingeniosa y sagaz para dispensarse de ellos, el buen sacerdote se aflige cuando se ve obligado á sacrificar todo ó parte de alguno de sus santos ejercicios.

Y para que no haya obstáculos que le impidan asistir á ellos en la hora señalada, ordena sus cosas de modo que, mediante un buen reparto del tiempo, los obstáculos desaparezcan. Sin embargo, cuando los trabajos del apostolado exigen que se deje á Dios por Dios, y se antepongan al sosiego de la contem-

(1) San Gregorio, *Domin. infra Oct. S. S. Sacram. homil. Spiritales delicia, cum non habentur, in fastidio sunt; cum vero habentur, in desiderio.*

(2) San Gregorio.

plación las tareas del apostolado, él lo hace de buen grado no olvidando que nuestras prácticas piadosas no son sino medios, y que el hombre espiritual no se aplica á ellas sino y en vista del fin y en cuanto le conducen á él. Pero siempre que omitamos estos medios tan esenciales para nuestra santificación, preguntémosnos si lo hicimos únicamente por Dios y para agradarle.... Somos muy exactos en conceder al sueño y al descanso todo el tiempo destinado á restaurar nuestras fuerzas físicas, y ¿tendremos en menos aprecio el tiempo destinado á la oración, á la preparación para el augusto sacrificio de la Misa, al hacimiento de gracias, etcétera?

¿Acaso el alma no tiene fuerzas que restaurar, ó puede descuidar su refección espiritual más que el cuerpo pueda dejar el pan? Y si abreviamos por algunos minutos nuestra conversación con Dios ¿resultará tan sólo en perjuicio nuestro, ó será también un robo que haremos á nuestro prójimo y á la gloria de Aquel que aborrece la rapiña en el holocausto? *Ego Dominus diligens iudicium, et odio habens rapinam in holocausto* (1). El buen sacerdote por tanto es diligente en cumplir sus prácticas piadosas, empleando en ellas todo el tiempo necesario, á excepción de una grave necesidad.

2.º Las cumple además con toda la perfección posible. Bien se trate de escuchar á Dios que le habla en la lección espiritual, bien que él mismo hable á Dios en la oración, lo mismo antes que durante el tiempo de su celestial conversación, pone gran cuidado para emplearlo santamente. Por su parte nada omite: preparación remota y próxima, atención de espíritu, docilidad de corazón; y con estos medios va progresando en la fe, en el desprendimiento de las cosas sensibles y en el fervor, y así se hace digno instrumento de las misericordias divinas en pro de las almas.

Quiero hoy renovar los propósitos que mantendré siempre á toda costa de cumplir fielmente y con

(1) Isaí., LXI, 8.

la mayor perfección posible mis ejercicios de piedad. Desde por la mañana, con una meditación bien hecha, abasteceré mi espíritu de todas las fuerzas necesarias para defenderme en el curso del día de la peligrosa impresión de los objetos mundanales. Unido ya de este modo á Dios por medio de la oración, me estrecharé más íntimamente á Él en el altar santo: de allí, encendido en el divino fuego, iré lleno de santo valor á cumplir con todas mis obligaciones, estudio, examen, ministerio, rezo, obras de celo. Un buen examen á mediodía, por la tarde una lectura piadosa, una visita al adorable Sacramento y un serio examen antes de acostarme repararán las pérdidas que hubiera sufrido en mis relaciones con el mundo, enardecerán mis fervor y robustecerán una vez más mis resoluciones.

Cuando me quieran distraer de mis ejercicios, ó padeciese distracción en ellos, ó fuere tentado de abreviarlos responderé al tentador, sea quienquiera, con las palabras de Cristo: «Es menester que me ocupe en las cosas que son de mi Padre: *In his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse*» (1).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen sacerdote tiene en gran estima los ejercicios de piedad.* Los bienes que ellos nos proporcionan, por lo mismo que pertenecen á un orden sobrenatural, sobrepujan en gran manera á todos los bienes de la naturaleza: el desearlos es ya de suyo un gran bien, casi equivale á adquirirlos mediante la posesión más dulce y suave. Ese deseo es una gran virtud, una noble inclinación del alma que busca á Dios y desea unirse á Él. Ese deseo de los bienes espirituales basta por sí solo para proporcionarnoslos, porque equivale á una oración muy eficaz; y Dios se complace en llenar nuestros deseos. Además nos hace muy agradable su posesión. Al alma le causan náuseas todos los demás bienes, porque nunca mejor llega á comprender su vanidad é

(1) Luc., II, 49

insuficiencia que cuando los posee. Al contrario, mientras más poseemos los bienes espirituales más deseamos poseerlos. Estos bienes son el soberano bien, Dios mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen sacerdote manifiesta su aprecio por las prácticas de piedad.* Mediante su exactitud en cumplirlas, y su esmero en hacerlas lo mejor posible. Por la exactitud rechaza todos los pretextos que quisiera inventar la pereza para no hacerlos; por el esmero nada descuida acerca de la preparación próxima ó remota, pues estos medios sirven para hacer atento nuestro espíritu y dócil nuestro corazón.

#### MEDITACIÓN XIX

##### *Negligencia en las prácticas de piedad*

- I. Infinitos pretextos con que se quiere encubrir.
- II. Sus terribles consecuencias.

#### PUNTO I

##### *Pretextos del que intenta encubrir su negligencia en las prácticas de piedad*

Es tanta la honra y tan grandes las ventajas que encierran la oración, la meditación, lección, examen, etcétera, prácticas todas que no son sino diferentes modos de conversar con Dios, preparándonos á recibir sus gracias y atraer sobre nosotros sus dones, que no se comprende con qué pretexto pueda descuidarlas un buen sacerdote.

Pero desgraciadamente los pretextos en lugar de escasear abundan. «Ante todo, dirá alguno, hay los deberes del propio estado. Un pastor está abrumado de ocupaciones ineludibles: el estudio, los ministerios, las visitas de caridad, las obras de celo.... ¿cómo acudir á todo?» Y en esta imposibilidad de cumplirlo todo ¿qué es lo que hace? Sacrifica lo principal á lo menos importante. ¡Ah! ¿dónde está aquí la sabiduría? ¿dónde la razón y cordura? Porque ¿qué puede haber tan importante para mí como salvar mi alma, y de mayor utilidad para mi prójimo que mis

desvelos y esfuerzos para procurar su salvación? Pues ambas cosas podré conseguir mediante mi constancia en los ejercicios de piedad. Pero jamás me acostumbraré á la vida espiritual si descuido los ejercicios que le son anejos. ¿Acaso las luces y la gracia no habré de buscarlas en la oración, lo mismo que los seglares? ¿Por ventura aguardaré á que la ciencia de las verdades celestiales y de los misterios de la vida eterna se me infunda por medio de un prodigio y no más bien habré de buscarla yo mismo en las lecturas piadosas y en las sabias reflexiones? ¿Cómo podré concebir un profundo dolor de mis culpas para alcanzar el perdón de las mismas sin conocerlas y sin excitarme al arrepentimiento?

Se habla de la necesidad del estudio. No cabe duda que el sacerdote, sobre todo en nuestros días, lo necesita mucho. Pero si es menester que el hombre apostólico sea sabio, mucho más debe ser santo. *Amate scientiam*, nos dice San Agustín, *sed antepone charitatem*. Y lleva mucha razón, porque si hemos de emplear nuestras dotes naturales, nuestro talento, nuestros conocimientos, en servicio de la gracia para trabajar en la viña del Señor, es menester ante todo que busquemos la gracia y los medios para obtenerla. Se habla de celo y de empresas santas.... Mas ¿es el celo ó mi inmortificación, enemiga acérrima del trabajo, la que me impide recogerme por breves momentos ante Dios y mi propia conciencia?

Pero ¿y el bien que hay que hacer?.... También los Apóstoles buscaban el bien; sin embargo ¿cuándo abreviaron para ello sus oraciones? Jamás. Al contrario, prefirieron deshacerse del cuidado de los pobres, aunque tan queridos á la Iglesia, y así aplicarse á dos cosas solas que absorbían todo su tiempo: la oración y la predicación: *Nos vero*, ved lo que es propio del sacerdote y la preferencia que debe llevar la oración sobre la predicación, como la causa sobre el efecto, *orationi et ministerio verbi instantes erimus*. Porque, añade muy oportunamente San Gregorio, *Nisi intus sit qui doceat, lingua doctoris exterius in*

*vacuum laborat* (1). «¡Oh sacerdotes, vosotros sois los ministros del Dios de los ejércitos; vosotros, como los ángeles que vió Jacob en el desierto, habéis de subir y bajar sin descanso por esa escala misteriosa cuyo remate está en el Cielo! Subiréis desde la tierra hasta el Cielo siempre que os unáis á Dios en la oración, y descenderéis desde el Cielo á la tierra cuando traigáis á los hombres las órdenes del Señor y su palabra santa» (2).

Es sumamente doloroso que, para eximirnos de ese santo comercio que Dios desea tengamos con Él, queramos alegar las mismas razones que á ello nos obligan más eficazmente. ¿Esperaremos quizá de nosotros mismos el éxito de nuestros estudios, de los ministerios, de nuestros trabajos apostólicos? ¿Habremos olvidado el oráculo de Jesús: *Sine me nihil potestis facere*? ¿Nos lisonjaremos acaso de que Dios concederá á nuestra presunción y dejadez lo que solo prometió dar á nuestra oración humilde, á nuestros esfuerzos, á los gemidos de nuestro corazón? No olvidemos además que durante los ejercicios piadosos es cuando de un modo especial tratamos con Dios los intereses de nuestra santificación y de la salvación de las almas.

## PUNTO II

### Funestos efectos de la negligencia en las prácticas de piedad

El eximio Bartolomé de los Mártires temblaba por el ministro de Dios que deja secar en su alma la fuente de la devoción: *Væ tibi, episcope, si fons devotionis in te siccatus fuerit*. Sin embargo, esta desdicha es inevitable para todo sacerdote descuidado en las prácticas de piedad. No cabe duda; cuando para omitirlos ó abreviarlos le basta el pretexto más insignificante: cuando los cumple con frialdad y con casi ninguna voluntad de agrandar á Dios y de

(1) San Gregorio.

(2) Bossuet.

obrar el bien, es cierto, repito, que poco á poco caerá en la más funesta relajación.

Ni cabe suponer que se detenga en tan fatal pendiente, porque los principios falsos que se va forjando, Dios que alejándose de él le priva de sus gracias más especiales; la ceguedad que va apoderándose de su alma: todo contribuirá para que pronto de la tibieza se precipite en la más perniciosa insensibilidad para todo lo espiritual, y en el más lamentable endurecimiento del corazón.

Es cierto que los abismos que ve abiertos bajo sus pies y las voces de muerte que brotan de su interior, le afligen; sin embargo, se sirve de todos los pretextos para justificar un tenor de vida que no quiere interrumpir. Y una vez que ha dado con el funesto secreto de conciliar su conciencia con sus inclinaciones perversas, se esfuerza en hacerse lícito hasta lo más detestable. Y ¿quién podrá decir hasta dónde llegará en tan funesto camino?

Por otro lado, Dios acabará por tratarnos según nuestros méritos, pagará la indiferencia del sacerdote ingrato con otra indiferencia, el desprecio con desprecio, el olvido con olvido: *Væ..... qui spernis, nonne et ipse sperneris?* (1). De este modo al amor sucede la indignación, á la misericordia la justicia. Entonces las luces se extinguen, las tinieblas se hacen más densas, piérdense todos los sentimientos de devoción, y llegamos á hacer con frialdad y maquinalmente aquellos actos que exigirían el fervor de los ángeles. ¡Oh Dios mío! A cuántos sacerdotes pudieranse desgraciadamente aplicar estas palabras de Massillon: «Lléganse á la Sagrada Mesa como á un convite ordinario: el ejercicio de este tremendo ministerio es para ellos una de esas acciones ordinarias que forman parte como otra cualquiera de la distribución del día. Para estos sacerdotes el tiempo de la Misa no se distingue del que emplean en sus quehaceres, en sus comidas y quizás hasta en sus mismas diversiones. Para ellos el pan del Cielo es lo

(1) Isai., XXXIII, 1.

mismo que el de la tierra, y el vino adorable que purifica el corazón y aviva la piedad, no es para ellos más que un licor que sirve para adormecerlos más y más en su funesto letargo.»

¿De dónde nace tamaña desdicha? San Bernardo así se lo declaraba al Papa Eugenio: nace de esos entretenimientos que nos hacen abandonar y entregar sin reserva á las cosas de la tierra, no dando más que una importancia secundaria á los ejercicios religiosos y cuidando de todo, menos que de nosotros. «Pero ¿no sabéis, decíale el Santo, que si continuáis entregado tan por completo á esa inmensa multitud de negocios, olvidando vuestro interior, ellos os arrastrarán hasta donde no quisierais? ¿Sabéis hasta dónde? Al endurecimiento del corazón.» *En quo trahere te habent hæ occupationes maledictæ!.....* ¡Ah Señor! ¿No habéis ya empezado acaso á castigarnos con estos secretos y terribles castigos? ¿De dónde procede si no tanta insensibilidad á las dulzuras de vuestro amor y á los remordimientos de mi conciencia? ¿Qué ha sido de las luces que ilustraban mi inteligencia, de los buenos deseos que robustecían mi espíritu, de la fe viva, de la firme esperanza, de la caridad ardiente que en los días del fervor, después de mi retiro espiritual, me hacían marchar á pasos agigantados en el sendero de la justicia sacerdotal? ¡Ay de mí! Todo se ha secado, como la yerba tronchada de su tallo, porque dejé de alimentarme con el pan de la oración y de las meditaciones santas, de modo que mi alma, interrumpidas sus comunicaciones con Vos, ha caído en una funesta languidez. ¡Oh Dios mío, tened misericordia de mí! Restituid, Señor, la luz á mis ojos y no permitáis que yo duerma el sueño de la muerte (1). Me reconozco merecedor de vuestros castigos, pero imploro hoy vuestra misericordia. ¡Dios mío, si os place castigarme, haced que

(1) *Illumina oculos meos ne unquam obdormiam in morte.* (Ps. XII, 4).

vuestros azotes sean de padre que corrige y no de enemigo que se venga!

El poco aprecio que hice de vuestra amistad y la negligencia en cumplir mis ejercicios religiosos me han hecho culpable en vuestro acatamiento de mil irreverencias, que ahora deploro, y me han llevado al borde del infierno. ¡Ah! socorredme, Dios mío, con vuestra gracia; de hoy más os prometo que en el cumplimiento de mis deberes, tendré tal fervor, tal voluntad y deseo de agradaros, que á la vez que sirva para mi salvación, contribuya también á vuestra gloria.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Pretextos con que se intenta encubrir la negligencia en las prácticas de piedad. La multiplicidad de las ocupaciones.* Por no poder hacerlo todo se sacrifica lo más á lo menos importante. ¿Puede haber asunto de mayor monta para mí que la salvación de mi alma y más útil para mi prójimo que el ponerme en condiciones de poderlo salvar? *La necesidad del estudio.* Es muy grande en verdad, pero lo es todavía más el deber de mi santificación. *El bien del prójimo.* También los Apóstoles lo buscaban; pero no por esto abreviaron el tiempo dedicado á la oración. *Nos vero orationis et ministerio verbis instantes erimus.* ¡Cosa extraña! para dispensarnos de las prácticas de piedad alegamos cabalmente lo que las hace más indispensables.

¿Hemos olvidado acaso el oráculo que dice: *Sine me nihil potestis facere?*

PUNTO SEGUNDO.—*Funestos efectos de la negligencia en las prácticas de piedad.* Cuando un sacerdote omite ó abrevia con facilidad sus ejercicios de piedad es un primer paso que da hacia el camino de la relajación, y que acaso podrá llevarlo hasta el abismo. Los falsos principios que se va forjando, Dios que se retrae y se venga, el tedio que va aumentando cada día más, le llevan rápidamente de una tibieza incipiente, á una completa frialdad, á una entera insensibilidad por las cosas de su alma, á un verdadero endurecimiento.

#### MEDITACIÓN XX

*El primer ejercicio de piedad para un sacerdote es el Oficio Divino. Su excelencia*

- I. En sí mismo.
- II. Por los elementos que lo componen.
- III. Por las circunstancias que asisten al que lo reza.

PRELUDIO PRIMERO.—Traed á la memoria la pintura que de la salmodia sagrada hizo Olier. En medio de ella David, que representaba al Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo, canta á los dulces acordes del arpa alabanzas al Eterno Padre, y con su mirada convida á dos coros de sacerdotes para que pulsando las arpas unan sus cánticos á los de Jesucristo, que es el único y verdadero himno agradable á la divinidad.

PRELUDIO SEGUNDO.—Suplicad á Dios os haga conocer la grandiosidad que reviste tal acto, y pedidle la gracia de cumplirla dignamente.

#### PUNTO I

*Excelencia del breviario por sí mismo*

San Benito lo llama: *opus Dei*. La obra de Dios no consiste precisamente en los ayunos y austeridades, ni en las oraciones prolongadas; no, la obra de Dios, la que forma el objeto de sus complacencias en el Cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad, consiste en cantar sus alabanzas. La Iglesia lo llama: *Officium divinum*. Esta es su plegaria auténtica y por lo mismo ha coordinado todas sus partes y ha impuesto á sus ministros la obligación de rezarla. Es su oración universal. *Totius Ecclesiae vox una* (1). Voz del Oriente, voz del Occidente, voz que brota de todas las partes de la tierra y sube al Cielo para

(1) San Agustín, *Prol. 3 in Ps.*